Manfred von Richthofen
El Barón Rojo

J. Eduardo Caamaño

Manfred von Richthofen
El Barón Rojo

ALMUZARA

© J. Eduardo Caamaño, 2014
© Editorial Almuzara, s.l., 2014

Fotografía de portada: *Bundesarchiv*, Bild 183-R18508,
Nicola Perscheid. Coloreada por Jaime Geas ortigas
Fotografía de portadilla: *Imperial War Museum* (Q67780)

Primera edición: febrero de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Revisión del texto: Uriel Pascual
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: Lince Artes Gráficas
IBIC: BGH; BTM; HBWN
ISBN: 978-84-1610005-7
Depósito Legal: CO-152-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

Comentario del autor 17
Agradecimientos 21
Referencias y organización de la obra 23

Introducción. Un día para recordar 27

Capítulo 1. Orígenes 31
Capítulo 2. Entre la libertad y la disciplina 37
Capítulo 3. La Gran Guerra (1914-1918) 45
Capítulo 4. Entre patrullas y trincheras 53
Capítulo 5. El surgimiento de la guerra aérea 83
Capítulo 6. Hombre versus máquina 109
Capítulo 7. Transición 129
Capítulo 8. La construcción de un mito 149
Capítulo 9. El nacimiento del barón rojo 207
Capítulo 10. Jasta elf 221
Capítulo 11. El abril sangriento 265
Capítulo 12. Laureado 317
Capítulo 13. El fantástico circo volante 339
Capítulo 14. El Fénix Rojo 357
Capítulo 15. La hora de la verdad 415
Capítulo 16. «*Kaiserschlacht*». La batalla del emperador 435
Capítulo 17. Un día para olvidar 457
Capítulo 18. ¿Quién mató al Barón Rojo? 487
Capítulo 19. Fin de juego 515
Capítulo 20. Un día para la historia 519

Epílogo. La vida sigue su rumbo 525

Apéndice A. Evolución de los aviones de combate (1913-1918) 543
Apéndice B. Los aviones del Barón Rojo 555
Apéndice C. Aviones derribados por Richthofen 571
Apéndice D. Lista detallada de victorias 597
Apéndice E. Condecoraciones 607
Apéndice F. La dicta Boelcke 613

Referencias y notas 621

La Primera Guerra Mundial terminó en 1918 con un saldo de nueve millones de militares muertos, procedentes de más de 20 países. Una trágica cifra que trae implícito un terrible dato: la inmensa mayoría de estas bajas estaba compuesta por jóvenes que no llegaron ni siquiera a cumplir los 20 años de edad. Muchos se alistaron en este conflicto como soldados voluntarios, movidos por la creencia de que sus esfuerzos contribuirían al bienestar y la paz de sus naciones y, por consiguiente, de sus familias. Este libro va dedicado a todos los hijos, hermanos, padres, abuelos, novias y esposas que tuvieron que soportar la ausencia de sus seres queridos, alimentados por la esperanza de un reencuentro que, desgraciadamente, jamás llegó a producirse.

(*INT. 1*) Un soldado del ejército alemán despidiéndose de su familia antes de coger el tren hacia la frontera.

«Por favor, mamá, no me tomes como una persona cruel por lo que te voy a decir, pero creo que sería una buena idea si todos vosotros, con coraje y autocontrol, empezarais a acostumbraros a la idea de que no volveréis a verme otra vez, ni tampoco a mis hermanos. De esta forma, si un día os llega una mala noticia, podréis aceptarlo con más serenidad. Pero si acaso logramos volver a casa, entonces podremos verlo como una alegría inesperada y un extraordinario y glorioso regalo de Dios.»[N1]

Carta del soldado alemán Walter Limmer a su madre, fechada el 3 de agosto de 1914. Limmer murió en las primeras semanas de la guerra, al contraer tétano.

Comentario del autor

La historia es una disciplina que, básicamente, estudia los hechos y la trayectoria de las sociedades a lo largo del tiempo. Pero la historia también tiene la importante función de enseñarnos a no repetir determinados errores del pasado, arrojándonos alguna luz hacia un futuro mejor. Pese a su evidente importancia, son muchas las personas que no se sienten atraídas por esta asignatura y esto tiene una explicación sencilla: los libros escolares suelen minimizar los grandes acontecimientos de la historia a la categoría de «breves». El imperio romano se convierte en un simple resumen de tan solo dos páginas, luego nos describen el fantástico periodo de las grandes navegaciones en una sencilla columna y finalmente intentan explicarnos los siniestros años de la guerra fría en tres párrafos. Se trata de un pecado, pero merece alguna comprensión por nuestra parte. La historia tiene que competir con otras asignaturas, imprescindibles para nuestra formación. Desde mi juventud siempre he tenido un especial interés por la historia, sobre todo el periodo que comprende el conturbado comienzo del siglo XX, cuyas consecuencias siguen repercutiendo claramente hasta hoy.

Con 16 años empecé a leer por curiosidad algunos libros sobre la Segunda Guerra Mundial, cuya sinopsis parecía venir de una película de acción. No es por casualidad que grandes clásicos del cine bélico como *Salvar al soldado Ryan*, *Hermanos de sangre*, *La lista de Schindler* y *El pianista*, entre otros, se convirtiesen en grandes éxitos taquilleros. La Segunda Guerra Mundial es un tema apasionante que sigue despertando bastante interés 60 años después de su estallido. Tras 15 años de intensa lectura, acumulando kilos de libros, he decidido que había llegado el momento de abandonar aquellos intensos años de 1939 a 1945 y trasladarme a otro periodo de la historia. Entonces, decidí que mi siguiente tema de estudio debería estar enlazado con la Segunda Guerra Mundial. La cuestión era sencilla: ¿avanzo en el tiempo y me dedico a estudiar los años de la guerra fría o retrocedo al comienzo del siglo XX para conocer los trágicos sucesos que hicieron estallar la Primera Guerra Mundial? Mi decisión, tomada hace ya casi una década, culminó con la publicación de este libro, que relata la historia del mayor as del combate aéreo de la Primera Guerra Mundial,

cuyos logros permitieron que destacara por encima de notables figuras históricas alemanas de su tiempo, como el mariscal de campo Paul von Hindenburg, el káiser Guillermo II o el jefe del estado mayor del ejército alemán, Erich Ludendorff.

Desde el fin de la Primera Guerra Mundial, muchas obras biográficas sobre Manfred von Richthofen han sido publicadas en inglés, francés y alemán. Pero en España, después de realizar una intensa búsqueda en las mejores librerías del país y después de consultar a libreros especializados en bibliografía militar, me he dado cuenta de que estábamos en deuda con un importante héroe de la Gran Guerra, cuya biografía es desconocida por el público en general. Por esta razón, he decidido escribir una obra específicamente dedicada a la vida, trayectoria, victorias y combates del que sería universalmente conocido como «El Barón Rojo», un mote más que justificado para un aristócrata que acumuló un número de victorias que ningún otro piloto de su tiempo logró alcanzar, recibió las condecoraciones más importantes de su país y fue capaz de obtener el reconocimiento y el respeto incluso por parte de su propio enemigo.

El Barón Rojo es, sin lugar a duda, uno de estos personajes históricos que lograron trascender el tiempo, convirtiéndose en un icono de la cultura pop. Son muchas las referencias que encontramos acerca de su figura en la música, videojuegos, cómics y películas, interpretando en este último caso, «normalmente» el papel de villano del guion. El Barón Rojo es, por lo tanto, un nombre que le suena a muchísima gente, pero muy pocos conocen detalles acerca de su vida. Incluso, hay quienes piensan que se trata de un personaje de ficción que nunca ha existido realmente, casi una leyenda épica. Algo similar ocurrió con el barco de pasajeros más grande y lujoso del mundo, el Titanic, que se hundió en el océano Atlántico en 1917, convirtiéndose en la más importante tragedia naval del siglo xx. Mucha gente había oído hablar del Titanic, pero no se sabía mucho acerca de su historia hasta que en 1997, James Cameron dirigió una película ganadora de 11 óscares, trasladando al gran público la historia de este extraordinario transatlántico.

El Barón Rojo no solo existió, sino que además formó parte de un periodo de la historia que acabaría por desencadenar una serie de sucesos que configurarían políticamente el continente europeo tal y como lo conocemos hoy. Murió a la precoz edad de 25 años, pero tuvo tiempo de desarrollar y formalizar importantes tácticas de combate aéreo, que siguen vigentes hasta el día de hoy.

Tras el fin de la guerra, el todopoderoso imperio alemán se desmoronó, empujando a sus ciudadanos hacia una grave crisis económica y política que provocó el colapso de toda la sociedad alemana, llevando a millones de personas al paro, provocando una hiperinflación sin precedentes y desatando un ambiente político extremadamente inestable. No tardó mucho en que irrumpiera una segunda guerra, llevando a Europa una vez más a enfrentarse.

La sociedad europea, que todavía no se había recuperado de los traumas de la guerra de 1914-1918, se vio otra vez inmersa en un ambiente de sufrimiento, desesperación y desesperanza. Fue solamente en la década de los 50, cuando el continente comenzó a reconstruir sus pilares bajo alguna estabilidad y empezaron a surgir las primeras obras de investigación y estudio relacionadas con las dos grandes guerras. Fue en este periodo cuando la historia de Manfred von Richthofen recobró vida, a través del mito del Barón Rojo, un osado «y casi inmortal» piloto de combate, que desconocía sus límites y desafiaba a cualquiera que se atreviera a derribarle.

(*INT.2*) El autor, en visita al cementerio francés de Bertangles, lugar elegido por las tropas aliadas para dar sepultura a Manfred von Richthofen. Los dos muretes de ladrillo y el portal de hierro fueron testigos de su funeral realizado con todos los honores militares al día siguiente de su muerte, 22 de abril de 1918.

Agradecimientos

Este libro no ha sido escrito por un historiador profesional, sino por un aficionado a la historia militar que durante cinco años de estudio e investigación se dedicó a reunir y analizar un sinfín de documentos, libros y copias de archivos provenientes de cuatro países. El resultado se encuentra reunido en esta obra, que contiene una serie de importantes informaciones traducidas al idioma español por primera vez. El objetivo de este libro es, por lo tanto, convertirse en la obra más completa sobre el Barón Rojo publicada en España y América Latina.

Por todo ello, quisiera expresar mi sincero agradecimiento a un selecto grupo de personas cuyas aportaciones han añadido un valor inestimable a este libro, haciendo posible «en gran parte» su realización:

A Eleonora, mi esposa, por motivarme a seguir adelante desde el comienzo de este proyecto y, sobre todo, por su paciencia al acompañarme en las largas jornadas de papeleo y visitas de museos, archivos, cementerios militares y otros sitios de interés histórico.

Al Sr. Manfred Freiherr von Richthofen, sobrino del Barón Rojo y presidente de la Familienverband von Richthofen (Asociación de la Familia Richthofen) por su interés y apoyo en el desarrollo de este libro. El capítulo «Orígenes» se ha basado en la documentación genealógica gentilmente cedida por el Sr. Richthofen, cuyo contenido me ha permitido desarrollar un texto coherente y provisto de una interesante riqueza de detalles.

A Bob Pearson, por aceptar el encargo de diseñar todos los aviones que aparecen en la sesión de apéndices. Su refinado diseño, acompañado de una exhaustiva labor de estudio e investigación, trajo como resultado un bellísimo conjunto de ilustraciones de aviones de la Primera Guerra Mundial, cuyos colores e insignias representan fielmente la realidad histórica.

A mi revisor Uriel Pascual, por haber convertido una pequeña ilusión personal en un gran proyecto profesional. Con él aprendí que su oficio no se limita solo a reescribir páginas y páginas tratando de embellecer la narrativa del autor o dar consejos sobre la manera ideal de redactar un texto hermoso. Su trabajo resulta fundamen-

tal para llevar a buen término la redacción de un libro sobre todo por una sencilla razón: el peor corrector para un texto es su propio autor, aunque esté dotado de unos dones de escritura extraordinarios. Si la lectura le resulta placentera y fluida, debemos atribuir gran parte del mérito a su inmejorable trabajo.

A Jaime Gea Ortigas, profesional encargado del coloreado de la portada. Además de la evidente calidad de su trabajo, su perfeccionismo se hizo patente durante el desarrollo de su labor de coloreado, que le llevó incluso a investigar los colores reales de los botones de la gorra que Richthofen lleva puesta en la foto de portada. Su trabajo culminó en una de las mejores «y raras» fotos del Barón Rojo producidas en color.

A Nelly Poignonnec, supervisora de comunicación y relaciones públicas de la Commonwealth War Graves Comission (CWGC), una organización intergubernamental responsable del mantenimiento y gestión de más de 20 000 cementerios y memoriales de la Commonwealth, esparcidos en más de 150 países. La CWGC mantiene además una base de datos que incluye toda la información relacionada con los caídos de la Primera y Segunda Guerra Mundial. Su importante labor ha hecho posible que millones de familias pudiesen acceder a una serie de informaciones acerca de sus antepasados caídos en las guerras, además de la correcta identificación de los lugares en los que reposan sus seres queridos.

A Desirée Butterfield-Nagy, archivista del departamento de colecciones especiales de la University of Maine y a Debbie Seracini, archivista asistente del San Diego Air & Space Museum. Sus orientaciones acerca del uso legal de algunas de las imágenes presentes en esta obra han sido de vital importancia.

Quisiera además resaltar el soporte que he recibido de las siguientes instituciones: (Alemania) BundesArchiv, Ullstein Buchverlage GmbH y el Deutsches Historisches Museum; (Australia) Australian War Memory; (Inglaterra) National Archives, Imperial War Museum y el RAF Museum de Collindale; (Francia) Musée Somme 1916 y el museo Historial de la Grande Guerre; y (Estados Unidos) US National Archives.

Referencias y organización de la obra

A diferencia de las obras de ficción, los libros de historia nunca son fruto de la imaginación del autor; de lo contrario no podrían ser clasificados como tales. Con las biografías ocurre lo mismo. Un autor biográfico necesita encontrar fuentes de credibilidad comprobada para asegurarse de que el resultado final de su obra corresponde a la realidad vivida por su biografiado. Los hechos históricos aquí relatados han sido desarrollados a través del estudio e investigación de importantes «y fiables» fuentes de consulta que serán debidamente acreditadas al final de cada capítulo. No obstante, las opiniones, análisis y reflexiones expresadas en este libro son de mi autoría.

La espina dorsal de este libro ha sido desarrollada fundamentalmente a partir de dos obras autobiográficas que nacieron en el seno de la familia Richthofen: *Der Rote Kampfflieger* (*El piloto de combate rojo*), escrita en 1917 por Manfred von Richthofen, mientras se recuperaba de las graves heridas en el cráneo provocadas por un disparo recibido en un combate aéreo y *Mein Kriegstagebuch* (*Mi diario de guerra*), publicado en 1937 y escrito por la baronesa Kunigunde von Richthofen, la madre de Manfred. Su obra relata las angustias sufridas durante todo el conflicto, sobre todo el temor «vivido por muchas madres» de no volver a ver a sus hijos. En esta obra, la baronesa nos revela además el contenido de parte de las cartas escritas por sus dos hijos mayores, Manfred y Lothar von Richthofen, quienes le relataban sus sensaciones, inquietudes y dilemas que aquel gran conflicto les generaba.

Der Rote Kampfflieger fue traducido por primera vez al idioma inglés en 1918, bajo el título *The Red Battle Flyer*, por el historiador Ellis Barker y sirvió como base para muchas de las biografías del Barón Rojo que serían publicadas en los años siguientes. *Mein Kriegstagebuch* fue traducido por la historiadora Sue Fischer y publicado en 2004 bajo el título *Mother of Eagles*. Se trata de dos obras de lectura obligatoria para todos aquellos que desean conocer en profundidad la historia de la familia Richthofen y las hazañas del gran as alemán.

Sin embargo, me siento en la obligación de destacar la impresionante bibliografía de cuatro historiadores de renombre mundial: Norman Franks, Alan Bennett, Greg

VanWyngarden y Peter Kilduff, especialistas en aviación y autores de innumerables obras relacionadas con la historia de Manfred von Richthofen y los combates aéreos librados en la Primera Guerra Mundial. Estos autores forman parte de un grupo de élite de historiadores, cuyas obras son de obligada lectura. Al finalizar este libro, el lector que se anime a profundizar a un nivel más elevado en la historia del Barón Rojo y de los combates aéreos librados en la Primera Guerra Mundial, debería empezar por estos autores cuyas obras, desafortunadamente, están disponibles solo en inglés. Esta es, fundamentalmente, la razón por la cual he decidido escribir la biografía del Barón Rojo: proporcionar a los lectores de habla hispana la oportunidad de conocer en profundidad la historia de uno de los nombres más importantes del combate aéreo, que se convertiría en leyenda tras su muerte en 1918.

Este libro ha sido dividido en dos partes. La primera —dividida en cuatro sesiones y 20 capítulos— describe con riqueza de detalles la biografía de Manfred von Richthofen, desde los orígenes de sus antepasados hasta llegar a 1971, año en el que falleció el último integrante de su familia nuclear, su hermano menor, Bolko a los 68 años de edad.

De todas formas, el 80 % del contenido de este libro está concentrado en los años que comprenden la Primera Guerra Mundial y el surgimiento del mito del Barón Rojo, es decir, de 1914 a 1918. Durante la narrativa de su vida en este periodo, el libro trae una serie de apartados de importante interés, de los cuales destaco:

— «Está pasando»: se trata de la cronología de la Primera Guerra Mundial en formato de titular de periódico. Repartida a lo largo de todo el libro, este apartado traza un paralelismo entre la trayectoria de Manfred von Richthofen y la situación de Alemania en la guerra.

— Algunos apartados interrumpen «de forma breve» la narrativa de la biografía del Barón Rojo para tratar temas estrictamente relacionados con la Primera Guerra Mundial y los combates aéreos, como por ejemplo la guerra de las trincheras, la evolución del paracaídas, el camuflaje aéreo, el surgimiento del piloto de combate, etc. El lector tendrá la oportunidad de conocer en profundidad determinados temas poco explorados en los libros de guerra, pero que aportan una importante cantidad de curiosas informaciones.

— Google Maps: los combates librados por Richthofen, además de las ciudades por donde el piloto alemán estuvo durante la guerra estarán indicados a través de las coordenadas geográficas del Google Maps, permitiendo al lector la posibilidad de conocer a través de las herramientas de mapas de Google más detalles acerca de los lugares que formaron parte de su trayectoria militar.

— «Informes de combate»: este libro trae además la descripción detallada de cada una de las 80 victorias en combates aéreos librados por Manfred von Richthofen en la Primera Guerra Mundial. Narrados en orden cronológico, cada combate incluye la fecha y número de la victoria, modelo y nacionalidad del avión derribado, nombre de la tripulación enemiga, curiosidades y otras informaciones interesantes. Este apartado ha sido desarrollado tras la investigación de innumerables fuentes de estudio, pero me gustaría destacar el documento «AIR 1/686/21/13/2250» disponible en el Archivo Nacional del Gobierno Británico y traducido por el historiador británico Floyd Gibbons al inglés. Los informes originales, firmados por el propio Richthofen, han sido completamente destruidos durante los bombardeos aliados en la Segunda Guerra Mundial y aparecen traducidos al español por primera vez en este libro.

La segunda parte de su biografía está compuesta por seis apéndices, cuyo contenido proporcionará al lector un gran abanico de informaciones referentes al Barón Rojo y al mundo de la aviación de combate. Entre los apéndices más interesantes, me gustaría destacar aquellos acerca de las autopsias de von Richthofen, los aviones del Barón Rojo, los aviones derribados por Richthofen y un apéndice especialmente dedicado a sus medallas y condecoraciones.

A partir del próximo capítulo nos trasladaremos al lejano y conflictivo inicio del siglo XX, una época en la que se disputaba un peligroso juego de dominio territorial entre los grandes imperios de Europa, creando un siniestro ambiente de total desconfianza y extremada tensión, hasta que en 1914 estalló la Gran Guerra, «La guerra que acabará con todas las guerras».

Introducción. Un día para recordar

«Aquí yace un valiente, un noble adversario y un verdadero
hombre de honor. Que descanse en paz.»
Epitafio de la tumba de Manfred von Richthofen en Francia

(INT.3) El reverendo George H. Marshall conduciendo el cortejo de Richthofen.

Bertangles es un pequeño pueblo situado a cinco kilómetros al norte de la ciudad de Amiens, en el nordeste de Francia. Su población, compuesta por poco más de 300 personas, vive básicamente de la agricultura y del ganado. Durante los años en los que Francia estuvo sometida al asedio de los alemanes, sus vecinos intentaron «dentro de sus posibilidades» seguir llevando su rutina diaria, tal y como lo hacían antes de que estallara la guerra. De hecho, el pueblo de Bertangles no protagonizó ninguna gran batalla de la Primera Guerra Mundial, al contrario de otras ciudades

cercanas como Arras, Albert o Cambrai, donde gran parte de sus casas fueron destruidas y muchas de sus familias destrozadas. De momento, las casas de Bertangles todavía conservaban sus techos intactos, los caminos limpios y las praderas libres de los hoyos de las terribles bombas que azotaban la región y que causaban grandes desperfectos. No obstante, por mucho que se esforzasen, la buena y pacata gente de Bertangles no lograría mantener su sagrado rinconcito del nordeste francés en el anonimato por mucho tiempo.

Pero antes, tenemos que retroceder 24 horas en el tiempo y trasladarnos a Vaux-Sur-Somme, a unos 25 kilómetros de Bertangles. Eran las 11:00 de la mañana cuando surgió en el cielo un peculiar avión de tres alas, volando de forma errática y buscando una zona limpia para aterrizar. Tras tomar tierra —de una forma un tanto apresurada— la hélice paró de girar y el polvo de la tierra se asentó otra vez en suelo. Sin embargo, el tripulante todavía seguía en su asiento, inerte, sin esbozar la mínima reacción. No hizo ninguna señal, no saludó a nadie y ni siquiera movió la cabeza. Su único objetivo era el de tocar los verdes prados de aquella tierra y esperar que alguna alma se acercara, tuviera piedad y le proporcionase el definitivo descanso, puesto que en realidad ya se encontraba muerto.

Escasos minutos después de aterrizar, el avión recién abatido se vio cercado por soldados australianos que se arremolinaban a su alrededor, buscando entre el fuselaje algún objeto que pudiera servir como recuerdo del combate que habían acabado de presenciar. En las batallas emprendidas en la Primera Guerra Mundial estaba muy extendida la costumbre entre los soldados de coger cualquier objeto que perteneciera al enemigo caído como si de un trofeo de caza se tratara. En la mayoría de los casos, sus víctimas eran soldados comunes, que solían llevarse ítems de escaso valor. A veces la suerte permitía abatir a un teniente o capitán, mejorando sustancialmente la posibilidad de obtener un botín más interesante. La presa del día era un piloto de combate y su avión ofrecía toda una gama de premios apetecibles: las aspas de su hélice, el motor, un instrumento del panel o incluso las ametralladoras podrían ser piezas muy bien cotizadas por los «cazadores de trofeos». Además, aquellos soldados sabían que no estaban delante de un avión cualquiera y, por lo tanto, su botín tenía un valor especial. Se trataba de un Fokker triplano, que tenía una característica especialmente llamativa: estaba completamente pintado de rojo.

Al día siguiente —nos encontramos otra vez en Bertangles—, el pueblo mencionado en el comienzo de nuestra historia pasó a figurar en los titulares de periódicos de todo el mundo, además de que obtendría un lugar destacado en los libros de historia, aunque contra la voluntad de sus vecinos. Eran las cinco de la tarde cuando uno de los vecinos se acercó a la carretera que llevaba al cementerio municipal, atraído por un extraño movimiento de militares y vehículos que interrumpían el pasaje de su ganado. El agricultor solía moverse por los prados de la campiña francesa cuando

las condiciones impuestas por la guerra lo permitían, pero desde las primeras horas del día aquel humilde campesino había notado una cierta inquietud en el ambiente. Al acercarse, avistó a un grupo de soldados británicos del 3.º escuadrón cargando grandes coronas de flores con los colores del imperio alemán, mientras otro grupo acomodaba cuidadosamente un ataúd sobre la caja de una camioneta Crossley Tender, convertida provisionalmente en coche fúnebre. Soldados de infantería, acompañados de otros vecinos del pueblo, formaron entonces un cortejo y siguieron a paso lento en dirección al campo santo, mientras los miembros del Cuerpo Aéreo Australiano se alineaban en dos filas paralelas para rendir honores al difunto, con sus fusiles invertidos en señal de respeto. El campesino decidió entonces seguir la procesión, curioso por saber quién era el protagonista de semejante ceremonia.

En la entrada del cementerio, el agricultor se encontró con el reverendo George H. Marshall, quien esperaba pacientemente la llegada del cortejo. El conductor del viejo Crossley Tender apagó el motor delante del portal y seis oficiales ingleses, todos pilotos condecorados, levantaron cuidadosamente el ataúd, lo apoyaron a hombros y lo condujeron lentamente hacia una fosa individual. El reverendo dio un paso atrás y dio comienzo a una solemne oración, rogando a Dios por el alma de aquel joven militar. 25 soldados australianos presentaban armas y efectuaban disparos en su honor, mientras una línea de oficiales pasaba delante de su tumba, presentándole sus condolencias.

Finalizada la ceremonia, los soldados británicos del 3.º escuadrón clavaron en la tierra una cruz improvisada, hecha con las aspas de la hélice de un avión RE.8 que llevaba en su centro un plato de metal, cuya inscripción indicaba el nombre y la edad del fallecido. Sobre la tierra húmeda, que ahora cubría el ataúd, fueron depositadas tres grandes ofrendas florales de distintos regimientos de la fuerza aérea británica y una placa con el epitafio: *Aquí yace un valiente, un noble adversario y un verdadero hombre de honor. Que descanse en paz*. A los ojos de aquel viejo agricultor francés, resultaba conmovedor comprobar el cuidado y el respeto que aquellos soldados rendían a un hombre recién muerto, que parecía cercano a ellos. En realidad, estos militares rendían honores a un enemigo que, incluso, había matado a más de un centenar de los suyos. Pero, tal y como quedaría eternizado en su epitafio, se trataba de un *noble adversario*.

Así terminaba la épica trayectoria de Manfred von Richthofen, un caballero del aire, considerado el piloto más destacado de la aviación militar de todos los tiempos. Ha pasado casi un siglo desde que se presenció por primera vez el uso de aviones como apoyo en las batallas terrestres y todavía ningún otro piloto ha logrado alcanzar la leyenda del Barón Rojo. Le llamaban así por su origen aristocrático, pero sobre todo por una curiosa razón: estaba tan confiado en la victoria y en su destreza que, en un momento dado, se le ocurrió pintar su avión con un llamativo color rojo;

parecía querer provocar a sus enemigos para derribarle. Fueron muchos los que lo intentaron y acabaron perdiendo sus vidas en el propósito.

El estallido de la Primera Guerra Mundial, en el verano de 1914, catapultó la historia de von Richthofen. La Gran Guerra, como era conocida en aquel entonces, fue un conflicto sangriento, cuyas batallas se desarrollaban en trincheras fangosas, inhóspitas y abrumadas por masacres hasta entonces inimaginables por una sociedad tan cosmopolita como era la europea en aquellos tiempos. Todos los países involucrados sufrieron la pérdida de millones de soldados y los que lograron sobrevivir volvieron desilusionados, conscientes de que sus esfuerzos poco aportaron a sus naciones. No obstante, algunos militares lograron escapar de un fin anónimo, olvidados en fosas comunes: los pilotos de combate, que representaban la imagen viva del mítico caballero medieval. Eran envidiados, pero también muy admirados por sus camaradas del ejército de tierra.

Estos hombres, que en casi todos los casos, se habían ofrecido voluntariamente para volar en aparatos que apenas eran conocidos y muy poco probados, fueron considerados verdaderos héroes en sus naciones. La Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto de la historia que llevó a un militar a enfrentarse directamente a su contrincante en el aire, cuerpo a cuerpo, avión contra avión, forjando un nuevo tipo de guerrero.

Las batallas aéreas eran extremadamente peligrosas y arriesgadas, y por ello, una abrumadora cantidad de pilotos no pudo conseguir ni siquiera un único triunfo antes de que hubiese sido derribado mortalmente por el enemigo. Con 80 victorias oficialmente acreditadas durante los 20 meses en los que luchó en el frente occidental, Manfred von Richthofen, se atrevió a desafiar todos los pronósticos de aquella brutal época y se convirtió a los 25 años de edad en una leyenda.

Cada victoria conquistada por Richthofen fue celebrada por sus compañeros y noticiada por los medios de propaganda alemanes, pero, sobre todo, contribuyó a la construcción de la trayectoria de un joven oficial de caballería prusiano, que un día decidió subirse en un avión para convertirse en un mito. Cuenta la historia que, en varias ocasiones, Richthofen permitió deliberadamente la huida de muchos de sus oponentes que se encontraban imposibilitados de luchar, fuera por el atasco de sus ametralladoras o fuera por algún problema mecánico en sus aviones. Su misión era abatir el avión, no al piloto. Consecuentemente, muchas de sus víctimas han podido vivir para contarlo. Se trata de un gesto con muy pocos precedentes en la historia militar, por mucho que se romanticen las batallas antiguas.

Envuelto en este escenario inquietante, imprevisible y sobre todo muy peligroso, empezamos la jornada de un caballero que un día decidió abandonar las fronteras para adueñarse del cielo y convertirlo, por primera vez en la historia de la humanidad, en un nuevo y desconocido escenario de guerra.